1

232723



LA ESFINGE DEL GOCE

1

232723

: : Administración : :
Alcalá, 177, Madrid

47/150 5617



R. 322934

LA NOVELA EXQVISITA

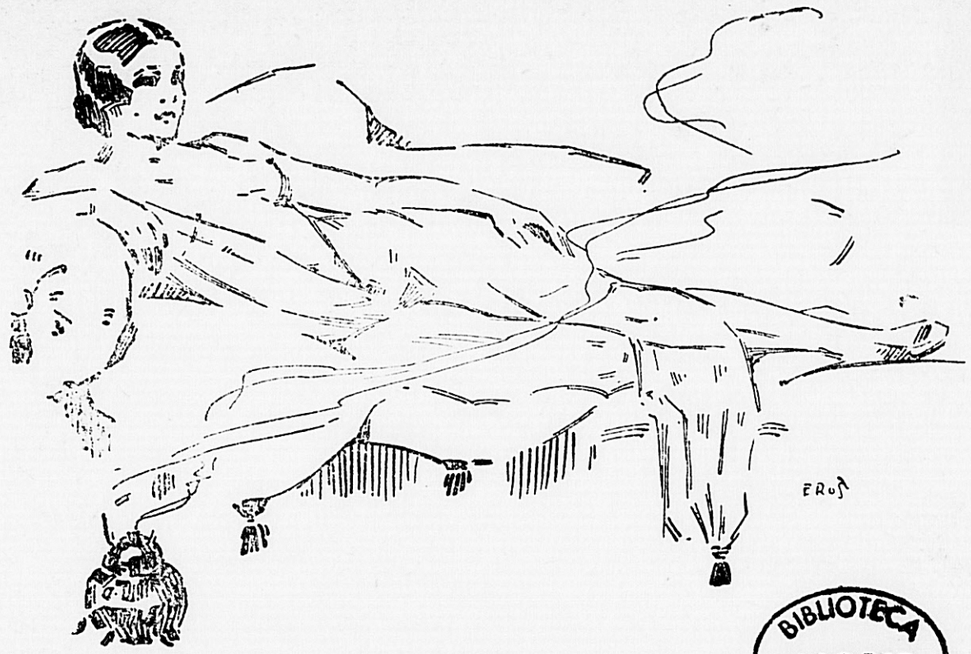
En el número próximo publicaremos una novela titulada

EL AMOR EN ORIENTE

por

ALVARO RETANA

ILUSTRACIONES DE ZALA



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

En el salón de una de esas habitaciones que tienen a un tiempo aires de casa solariega y de "villa" de recreo, y que a millares existen en las cercanías de París, dos mujeres jóvenes, sentadas ante un costurero, charlaban en tanto que, lentamente, sus manos se ingeniaban sobre una labor de tapicería, labor destinada, como todas las publicaciones eruditas, a que nadie tenga paciencia suficiente para darle fin.

Una de las damas, morena, de veinticinco años, aproximadamente, tenía esa tez mate, esos ojos vivos y profundos, esos cabellos endrinos y rizados y, en fin, esos labios rojos y fuertes que en conjunto prestan inconfundible carácter a las mujeres de temperamento muy ardiente.

La compañera, rubia como los trigos, parecía no contar más de veinte primaveras.

Tenía los rasgos delicados; las mejillas, todas, nácar y rosa; los ojos, color de pervinca, y había en su sonrisa una intensa expresión de ingenuidad y de candor; una de esas tentadoras expresiones de inocencia que provocan en quien las contempla deseos completamente opuestos a toda idea de castidad.

Ambas señoras vestían de luto; mas era ya ese luto de los que sólo aguardan la ocasión propicia y el rayo de sol para trocarse francamente en colores claros.

Por la ventana de la estancia, abierta de par en par, se entraban los aromas primaveranos traídos por la brisa desde el cercano bosque de Montmorency, y las jóvenes respiraban con delicia aquel aire perfumado por la Naturaleza en el renuevo de la vida.

—¡Qué bella cosa es la primavera!—exclamó la más joven, Florentina Vandrez, dueña de la finca de Charmettes, en donde se hallaban.

—Sí...—respondió lánguidamente Julia de Corriero, antigua compañera de colegio e íntima amiga de Florentina.

—Dices "sí", pero no pareces asentir con gran convencimiento.

—Algo hay de eso... Y es que no sé, o no quiero saber, lo que me ocurre desde hace algún tiempo. Estoy profundamente triste...

—¿Y eso por qué, Julia?

—¡Qué sé yo!... Verdaderamente no tengo motivo alguno para estar melancólica. Soy rica, disfruto de excelentes relaciones mundanas, me divierto..., aparentemente. Pero en el fondo, la verdad lisa y llana es que me aburro como no tienes idea.

—¿Pena de amor? Quizá todavía no lograste olvidar.

—No... Nada de eso. Ni siquiera pienso ya en aquel hombre, que era del todo indigno de mi cariño. Pero al quedar sola, cada día es mayor el vacío que siento en mi espíritu y en mi corazón. ¿Y tú, Florentina? ¿Cómo te arreglas? Pronto hará dos años que quedaste viuda y que vives en reclusión. Dime francamente si en estas horas en que llega hasta ti el aliento de la primavera, no te sientes como estremecida por deseos que te hacen comprender que las mujeres de nuestra edad no pueden vivir solas como nosotras vivimos. ¿Verdad que te parece absurdo nuestras noches sin placer ni amor—después de haberlos conocido—y que es estúpido de toda estupidez perder en vanas saudades lo mejor de nuestra juventud?

—¡No ha de parecerme todo eso!—exclamó la señora de Vandrez—. Sin embargo—añadió—, mi hijo debía bastarme para llevar mi soledad con paciencia.

—Tu hijo te distrae durante el día, pero de noche, cuando él duerme, ¿consigues dormir tú también?

—No siempre. ¿Y tú?

—Yo sufro de tales ardores insaciados, que hay ocasiones en que muerdo las almohadas y desgarro las sábanas sin lograr aplacarme. Y tengo que recurrir al auxilio de mis manos para procurar a mi sexo una ilusión de realidad que ansía y que le falta. Pero te estoy hablando de cosas que tal vez no comprendas, Florentina mía... Eres aún demasiado cándida.

Florentina se sonrojó violentamente, y como al mismo tiempo reprimiese una furtiva sonrisa, su amiga, que la observaba atentamente, rectificó:

—¡Ah!... Veo que comprendes... ¡Tonta de mí!... Debí suponerlo, al recordar...

—¿Al recordar qué...?

—Tu entrevista con Margarita Briquart al día siguiente de tu boda, cuando te demostró de la más exquisita manera que todavía eras virgen.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Te lo dijo ella, acaso?

—No, lo presencié todo, merced a un ancho espejo oculto en tu tocador, adonde había ido a curiosear tus regalos de boda.

Florentina, encendida de nuevos rubores, parecía una amapola. Julia la contemplaba con expresión extraña, y súbitamente y sonrojándose a su vez, la atrajo hacia sí y, estrechándola en sus brazos le murmuró al oído:

—¡Anda, vamos a tu tocador, y allí te explicaré cómo estaba el espejo que me permitió verlo todo!...

Florentina obedeció sin responder, y las dos amigas subieron al piso principal y se refugiaron en la íntima estancia.

—¡Qué suerte tienes!—exclamó la señora de Corriero—. Has vivido toda tu vida amorosa en esta casa, y hallas en cada rincón un recuerdo consolador. Yo, en cambio, esparcí mi dicha por el mundo.

Mientras así hablaba y como si realizase el acto más intrascendente del mundo, Julia había arrastrado a su amiga hasta el diván próximo, y tendiéndola sobre él la cubría el rostro de besos.

Frente a las dos muchachas, la famosa luna veneciana reflejaba el delicioso asalto en toda su pureza.

Con mano experta, la dominadora despojó a Florentina de las horquillas y peinetas que le sujetaban el moño, y pronto vió deshecha y extendida la espléndida y magnífica cabellera. Luego despeinóse ella a su vez y mezcló sus cabellos rizados y negros con los áureos y leves de su amiga.

De las melenas sueltas y confundidas alzóse un intenso aroma afrodisíaco de feminidad en sazón para la cosecha de amor.

El esfuerzo había desordenado la ropa de Julia, y se había desprendido alguno de los broches que cerraban la blusa sobre el escote. La garganta y parte del pecho de la hermosa mujer quedaron al descubierto. Florentina vió un lunar, oculto a medias entre las opulentas turgencias; y para contemplarlo mejor, acabó de desnudar el busto de su amiga. Luego, aprisionando con ambas manos y apartando suavemente aquellos senos poderosos, puso sobre el lunar un largo beso, que rastreó hasta oprimir y casi morder las rosas purpúreas, erguidas ya voluptuosamente.

Brusca, con ademán de febril impaciencia, Julia desabrochó a su vez el corpiño de la rubia señora de Vandrez, e hizo saltar fuera de sus nidos las blancas y gemelas palomas de la ingenua.

—¡Qué bella eres!—exclamó.

Y añadió en seguida:

—Tu cuerpo de mujer tiene una gracia y fragilidad de niña. ¡Déjame verte completamente desnuda!

—Accedo, con una condición: que te has de desnudar tú también.

Sin decir palabra, con prisa, con afán, la morena Julia fué arrojando sus ropas al suelo, de tal modo que en un instante quedó libre de velos y apareció en toda su admirable, ardiente y recia hermosura. Florentina la contempló de soslayo, en tanto que, sobreponiéndose a sus rubores, acababa de invelar sus carnes también. Le quedaba la camisa tan sólo, y vacilaba, no atreviéndose a dejarla caer. Julia, de un salto, llegó junto a su tímida compañera, y arrancó literal-

mente de sus hombros la batista... La rubia muñeca surgió de entre aquel último cendal como una aparición de erótico sueño: divinamente frágil y al mismo tiempo impecablemente femenina y propicia para la posesión.

—¡Amor mío!—rugió sordamente la de Corriero.

—¡Mi vida!—gimió blandamente la de Vandrez.

Se enlazaron y fueron juntas hacia el diván. Julia marcaba el ritmo de los pasos con furiosos besos, que restallaban sobre la nuca de Florentina. Después, al llegar a la yacija, Florentina se sintió arrojada violentamente sobre ella. Cayó con los brazos en cruz y las piernas apartadas, en la actitud de indefensa más absoluta.

Cual si no hubiera estado esperando más que aquel instante propicio, Julia se agazapó sobre Florentina con agresivo ademán de fiera hambrienta, y tomando entre sus labios alternativamente las puntas rojas y agudas de los senos, los aspiró con fuerza, hasta introducirse en la boca buena parte de la manzana de amor, de tal suerte que parecía devorarla.

De pronto, soltando leve un instante su presa, dijo:

—¿Quieres que te haga gozar como nadie seguramente te hizo?

—¿Cómo...?

—Tú déjate hacer, y ya lo sabrás. Y si quieres verlo, no tienes más que mirar al espejo...

Florentina alzó los ojos hacia el cristal, y en él vió a Julia que se arrodillaba ante ella y que, asiéndole los muslos con fuerza, los separaba para introducir la cabeza entre ellos y besar con frenesí los rizos dorados que dibujaban el triángulo sexual.

—¿Qué me haces?

—¡Cállate, boba! Tú estate quieta, y déjame a mí...



Y pasando a la acción, Julia inició la osada caricia, oprimiendo entre sus labios primero la delicada flor carnal, ahondando luego con el vivo y titilante escalpelo de la lengua en la "eterna herida" voluptuosa, y sorbiendo al fin literalmente los suaves pétalos de aquella feminidad, contraída y dilatada ya por sucesivas y espasmódicas palpitaciones...

Florentina murmuraba, angustiosamente, una letanía de asombrado placer:

—¡Dios mío!... ¿Qué es esto? ¡Nunca lo sentí!... ¡Es un placer que mata!... ¡Julia mía, qué feliz me haces!...

Poco a poco, las palabras fueron expirando en los labios que, entreabiertos, temblorosos, sólo acertaron a proferir inteligibles quejas. El frágil y adorable cuerpo se retorció como si quisiera librarse de aquel placer, que tenía, en su revelación, intensidad de tormento... Pero Julia pesó con todas sus fuerzas sobre las caderas de Florentina, y así la mantuvo sujeta, y poseída por la caricia devoradora, durante los segundos en que, estremeciéndola de arriba abajo con agitación de epilepsia, aquel espasmo la hizo sollozar en divina congoja.

Quedó la rubia Florentina tendida e inerte durante un momento... Su amiga la contemplaba inquieta.

Excitada por el mismo placer que había prodigado sin gozarlo, Julia aguardó en vano a que su compañera, volviendo en sí, le devolviera caricia por caricia. Florentina, rendida, abría de cuando en cuando los ojos, sonreía, y volvía en seguida a su profundo sopor.

Dios sabe cuánto tiempo hubieran permanecido en esta actitud si, inopinadamente, no se abriera la puerta de la estancia y penetrase en ella otra mujer.

—Perdón, señoritas...—fueron sus primeras palabras—. Me pareció escuchar quejas y lamentos inexplicables, y por si les ocurría algo a las señoritas, me he atrevido a entrar. Ahora, si ustedes comprenden que estorbo...

Ciertamente, el lance era para indignarse de veras con aquella gaznápira que por modo tan humildoso venía a sorprender idilio tan inconfesable. Pero les hizo tanta gracia su estudiada actitud de inocencia; había tal picardía en los ojos de la doncella viendo el desnudo grupo encelado; presintieron, en suma, en ella tan preciosa aliada para futuros momentos de placer, que decidieron dar a risa la impertinente intromisión y hacer de la aviesa un instrumento para sus designios, seguras de su discreción e ingenio.

—Ya ves, Dorotea—explicó risueña Julia—; consolándonos como podemos de nuestra obligada abstinencia de caricias.

—Eso será porque quieren las señoritas. No me explico cómo siendo jóvenes y hermosas, y además ricas y libres, pierden el tiempo en estos juegos, que serán todo lo dulces que ustedes quieran, pero que no tienen punto de comparación con el placer que se experimenta con un hombre.

—Y ¿cómo llegar a ese hombre, con lo difícil y laborioso que es en nuestra clase el matrimonio?

—Pero ¿quién les ha dicho a las señoritas que yo les aconsejo que se vuelvan a casar? Nadie habla aquí del matrimonio. Yo me refería a esa amable cosa que se llama un amante, el cual puede tomarse y dejarse cuando convenga.

—Sí; pero ¿qué dirían las gentes si se enterasen? La buena sociedad perdona, por lo general, una situación irregular cuando es definitiva y, en fuerza de ser duradera, toma aspecto de legitimidad. Pero ese perpetuo ensayo no lo consiente. Y lo más probable es que, cuando creamos haber en-

contrado al hombre de nuestros sueños, con el que deseamos vivir en completa unión de cuerpo y alma, resulte que al día siguiente del primer abrazo sólo nos encontremos con un menguado amante, que no acierta a dar satisfacción al espíritu ni al cuerpo. Con lo que habremos perdido la consideración de la gente y no habremos ganado, en cambio, la anhelada felicidad.

—Tales riesgos se evitan fácilmente.

—Dínos cómo, Dorotea; pues he de confesarte que, por mi cuenta, prefiero de con mucho las caricias apasionadas de un hombre a todos los subterfugios que, para reemplazarlas, puedan emplear de acuerdo el ingenio y la imaginación.

—No así yo—replicó Florentina—; jamás mi marido me procuró un placer tan completo e intenso como el que experimenté hace un rato contigo, Julia mía... Y tampoco gocé así entre los brazos de Gastón.

—¿Cómo? ¿De qué Gastón hablas?...

Confusa por haber hablado tan imprudentemente, Florentina hubo de explicar:

—De Gastón Herissez... Fué mi amante en San Juan de Luz.

—¡Ah!—dijo Julia, riendo—. ¡Ya pensé yo más de una vez en que tu hijo es demasiado bello para haber sido engendrado por su padre oficial!... Pero, dime: ¿cómo te ocurrió tal aventura?

—Ya te la contaré otro día. Bástete saber que fuí yo misma quien, no pudiendo resistir por más tiempo sus timideces, le abracé en plena playa, y...

—¡Miren, miren la mosquita muerta y con las que nos sale ahora! ¡Conque seductora de galanes! Sería un lance picante de verdad. Me prometo un rato delicioso escuchándolo. Pero oigamos ahora a Dorotea. Vamos a ver: ¿cómo procederías tú para divertirte, como nos aconsejas, sin dar pábulo a la maledicencia?

—Al contrario, señora. La maledicencia estaría más desatada que nunca. Lo que pasaría es que nadie sabría de quién murmuraba. Con lo que la aventura tendría un nuevo encanto.

—Cada vez te comprendemos menos. ¿Verdad, Florentina?

—Así es.

—Pues me explicaré claramente.

Y Dorotea se explicó, en efecto, demostrando cómo una antigua casa que Julia poseía en un apartado rincón de la isla de San Luis podía transformarse, mediante dinero y el ingenio de que ella disponía, en un encantado retiro, propicio para los más secretos y deliciosos encuentros.

La doncella, que había visitado la vieja casa el día en que la abandonó su último inquilino, harto de vivir en la desierta calle de Carlos V, conocía el hotelito palmo a palmo desde el sótano hasta el tejado. De tal modo, pudo hablar de ciertas escaleras excusadas, que permitían subir a otra calle desde el sótano; y evocó asimismo el amparo que contra toda mirada indiscreta ofrecían los altos muros del jardín.

Dorotea resumió su discurso en la siguiente afirmación:

—Créanme las señoras. Nada tan fácil como preparar aquel refugio para las más extrañas combinaciones. Y para mayor seguridad, si las señoras quieren, fingiremos un contrato de arrendamiento a mi verdadero nombre, que es el de Felicia Deschamps, nombre que desde hace diez años no uso nunca, y que nadie sabe a quién pertenece.

—Conformes, Dorotea — aprobó francamente Julia —. Ahora no nos queda más que fijar los detalles del plan.

—Por mi parte, me parece excelente todo eso—apoyó Florentina—, siempre que de vez en cuando repitamos la escena de esta tarde.

—Concedido, hermosa mía—terminó Julia.

Media hora después veíase a entrambas damas correctamente vestidas y discreteando en el salón. Y nadie hubiera dicho ante ellas que se trataba de dos insaciables y gachonas mujeres, que a todo trance querían conocer y apurar todos los delirios y todos los extravíos del amor.

II

Dos meses después de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, se hallaban reunidos en el saloncillo de uno de los mejores Clubs de París varios amigos: el señor de Lyncent, de Palisene, de Melvense, de Laigle, de Resdorff, y el joven Máximo de Berny, capitán de Estado Mayor, a quien se rifaban, por aquel entonces, todas las mujeres fáciles y no pocas difíciles de París.

Todos los contertulios, sentados en torno de Raúl de Palisene, escuchaban el relato que éste hacía de una sorprendente aventura.

Palisene afirmaba:

La cosa ocurrió como os la cuento, aunque no lo creáis.

Lyncent, a quien había molestado el aire de fatuidad con que el narrador hiciera su confidencia, objetó:

—Esas cosas pasaban en el tiempo de los raptos en silla de posta, antes de mil ochocientos treinta. Pero ahora no son posibles. Sin embargo, como cuentas con arte, y el cuento es interesante, puedes continuar. No te creemos, pero nos diviertes.

—Comenzad por no interrumpirme desde el comienzo de la historia. Y ved que digo *historia,* y lo sostengo.

—Bueno... Cuenta, y no te enfades.

—No, chico; no te enfades. Y desde ahora queda acordado que todo interruptor pagará una multa.

—Eso es... Anda, Palisene, hijo mío, acaba de referirnos eso... Nos tienes muy intrigados ya. Dijiste que hace tres días, al abrir tu correo, hallaste una carta de estilo irreprochable, perfectamente correcta, y que a guisa de escudo o de anagrama ostentaba una esfinge de oro... Añadiste que la extraña misiva perfumó toda la estancia en que te hallabas con un intenso aroma, desconocido hasta ahora entre la *hight-life*... Afirmaste que después de leer aquella epístola quedaste enterado de que la persona que te la enviaba te proponía, para el caso en que tu discreción y tu bravura se hallaran a la altura de las circunstancias, que aguardaras paseando a pie por la avenida Mac-Mahón, a las dos en punto de la tarde, y que en tal sitio y a tal hora se presentaría a ti una mujer, portadora de una tarjeta, sobre la cual podrías contemplar la misma dorada esfinge que decoraba la carta, y que esparcería, además, el mismo intenso y raro aroma.

Palisene observó:

—Este Melvense ha errado el camino. En vez de a la carrera militar, hubiera debido dedicarse a la *estenografía,*

y hubiese sido empleado modelo en la sección de correspondencia de una gran casa de comercio.

—En efecto, chico... Ya ves cómo las familias se equivocan acerca de las aptitudes de los jóvenes. Pero ya que te he recordado el primer episodio de la película que nos muestras, haz el favor de continuar la serie hasta el fin.

—... Pues bien. Acudí presto a la cita que se me daba, y esperé, paseando a pie, conforme a las instrucciones recibidas. Para ello dejé mi coche en la esquina de la avenida de Tilsilt... Aguardé unos diez minutos, durante los cuales tuve lugar de hacer suposiciones acerca del caso. Opté, en definitiva, por una de estas dos soluciones, que voy a deciros: o se trataba de una mujer de buena sociedad que me ofrecía su amor breve y leve a cambio de que yo me las entendiera con las cuentas acumuladas por su modisto, o, de lo contrario, alguna matrona de Efeso iba a proponerme que, mediante pago de tributo suntuario, aliviaria a una virgen, fatigada de serlo, de la importuna traba de la virginidad. He de confesaros que tan desconsoladoras suposiciones no excluían una callada esperanza de que aquello acabara en verdadera aventura de amor. La traza de la carta, el estilo de su redacción, el aroma y la calidad del papel, y, en fin, el misterio de la esfinge, me inducían a sospechar que tras de aquellas apariencias no se ocultara una estúpida banalidad. En esto estaba cuando vino hacia mí un carruaje particular que desde lejos pregonaba su aristocracia, completamente londinense. El soberbio coche llegaba arrastrado por dos magníficos caballos, y sobre el pescante se erguía, inmóvil, un cochero negro, vestido con una librea negra, orlada de oro viejo, sobre cuyos botones, lo mismo que sobre las portezuelas del carruaje, brillaba la famosa esfinge de oro. El lujoso



tren se detuvo bruscamente a unos veinte pasos de mí. Sentía en tal momento cierta turbación, y os confieso que mis ojos aguardaban con ansia a que la portezuela se abriera.

—Lo comprendemos, chico...

—No le interrumpáis.

—Sigue, sigue...

—Pues bien. Se abrió la portezuela y apareció una dama.

—¿Deslumbrante?

—Nada de eso. Una con apariencias de vida burguesa y con el rostro oculto bajo un espeso velo. Pensé que si tal era mi conquista lo más indicado era escapar, abandonando la aventura... Esta idea se acentuó primero; mas se desvaneció instantáneamente cuando, de cerca, pude comprobar que la supuesta señora pertenecía a la misma y negra raza que el sombrío cochero inmovilizado en el pescante. La mujer negra me observó atentamente, y luego, sin decir palabra, me tendió la tarjeta anunciada por la carta. Pregunté:

—¿Sabe usted quién soy?

—El señor de Palisene—respondió.

Y añadió en seguida:

—El señor vizconde puede darse cuenta, por la seña de la tarjeta y por el perfume, de que soy la persona anunciada por la misiva de esta mañana.

—Me doy perfecta cuenta... Y ahora explíqueme lo que significa este misterio, que tiene aires de conspiración.

—En todo caso, nuestra conspiración, exenta de odio, lo será sólo de amor.

Había dicho *nuestra,* y me estremecí de horror. Insinué:

—Señora, esto parece una adivinanza. Yo soy algo torpe en esta clase de ejercicios... Me falta la costumbre de descifrar jeroglíficos. Le ruego que me dé pronto la solución, porque soy hombre terriblemente impaciente.

—Con mucho gusto, y tal es mi misión.

—¿Su misión?

—¡Claro está! Yo soy sólo una intermediaria.

—¡Ah! Vamos...

Respiré al escuchar tal afirmación. Pero, instantánea, volvió a surgir en mi mente la idea de que aquel *caso* era el de la mujer de buena sociedad que anda buscando quien le libre de sus acreedores.

—Mi señora—agregó la negra—es una extranjera.

Hablaba aquella mujer un francés tan puro, a pesar de su exótica raza, que no pudo dejar de parecerme sospechosa. Prosiguió, con igual corrección de lenguaje, su explicación:

—Mi señora pertenece a la alta aristocracia de su nación, y por ello mismo no puede crearse en su país, ni entre la gente de su clase, ninguna de esas amistades o relaciones que pudiéramos llamar íntimas. ¿Me comprende el señor vizconde?

—Comprendo algo ya... Pero siga explicándose, y así comprenderé mejor. ¿Cómo se llama su señora?

—Granada.

—Bello nombre, evocador de pasión. Ahora comprendo que esa dama no guste de la soledad, por muy aristocrática que sea. Y usted, ¿cómo se llama?

—Felicia, para servir al señor vizconde.

—Bien, Felicia... Vamos a ver... Dígame si su señora de usted es bonita, joven, inteligente... No le pregunto si es morena o rubia porque supongo que, llamándose como se llama, tendrá el cabello negro como ala de cuervo. Claro es

que también podría ser rubia; pero, yo no sé por qué, lo dudo. ¿Verdad que es morena?

—Así es, en efecto. Además, tiene veinticinco años, y es una de las más hermosas mujeres, por no decir la más hermosa, de las que lucen en París.

—¡Lástima que se rodee de tanto misterio!

—No puede ser de otro modo. Mi señora tiene que adoptar extraordinarias precauciones, para que la satisfacción de su deseo no le cause descrédito entre la alta sociedad a que pertenece.

—Sin embargo, amiga Felicia, su ama de usted es bastante imprudente, la verdad. Piense en lo que ocurriría si no fuese, como soy, un perfecto caballero.

—¡Ay, señor! La señora sabe muy bien con quién trata...

—Creo que se equivoca usted... ¿De qué me conoce a mí esa hermosa extranjera?

—Afirmo que conoce perfectamente al señor vizconde.

—¡Bah!

—Ni más ni menos. Y le conoce desde hace dos años.

Mostré absoluta incredulidad, y para disiparla, Felicia comenzó a referirme una serie de pequeños detalles relacionados con mi vida más íntima. No cabía duda. Aquella mujer me conocía, y a fondo. Hube de conceder:

—Tiene usted razón, Felicia. Su señora sabe con quién trata, y sólo me resta el darle las más rendidas gracias por la distinción de que me hace objeto al fijar en mí su elección.

—Algo más le falta al señor vizconde.

—¿Qué es ello?

—Empeñar su palabra de caballero de que jamás tratará de averiguar quién es mi señora y su verdadero nombre.

—Queda empeñada mi palabra, y conste que, aun cuando una casualidad me hiciera encontrar a su ama en sociedad, fingiría no conocerla, siempre que ella no tomara la iniciativa de saludarme.

—No basta eso.

—¿Cómo?

—Tiene usted que prometer que nunca hará nada por despojar a mi señora del antifaz con que cubrirá su rostro siempre que se halle en presencia de usted.

—Empiezo a creer que esa señora Granada—comenté, harto de tanto requilorio—no está muy en su juicio... Dice usted que quiere un amante y que pretende mostrarse a él envuelta en velos...

—¡Quiá! ¡No, señor!... Lo único que se cubrirá será el rostro.

—Eso ya es otra cosa. ¿Y el resto?

—El resto lo descubrirá completamente en su momento oportuno.

—Entonces prometo respetar el antifaz.

—¡Palisene, eres magnánimo!—exclamó uno de los contertulios.

—¡Y un tanto impúdico!—añadió otro—. No sé yo que para gozar a una dama hayas de verle completamente al aire el trasero.

—Figúrate que ella quisiera ofrecerle la rara y preciosa virginidad... *posterior*...

—¡Callaros y dejadle contar!... Ahora comienza lo más interesante.

Palisene prosiguió:

—Temiendo que aquella enigmática dama concediera excesiva importancia al protocolo del buen tono, pregunté a la obscura criada:

—¿Cree que su señora me recibirá tal como ha dicho usted?

—El señor vizconde puede estar seguro de ello; recuerde el señor vizconde que cuando Eva escuchó la plática engañosa de la serpiente no llevaba un vestido confeccionado por Worth...

—Es verdad, Felicia... Por tanto, ya sabe usted que estoy conforme con todo y que doy palabra de todo... Empiezo a sentir terribles deseos de conocer a esa dama que tan hermosa debe de ser cuando no tiene el menor inconveniente en mostrar sin velos su hermosura.

—Entonces sólo me resta decir al señor vizconde que mi señora le aguarda esta noche, y que le invita a tomar una taza de café con ella. A las nueve en punto estaré yo en este mismo sitio esperando al señor vizconde para llevarle a casa de mi ama.

Tenía yo la noche comprometida; pero la aventura comenzaba a interesarme, y asentí. La doncella negra se despidió y volvió a subir al coche. Quedé solo, preguntándome en qué podría terminar todo aquello.

La seguridad de que la misteriosa dama me conocía bien hubo de tranquilizarme respecto de los posibles aspectos venales que aquella historia pudiera tener. Quien me conoce sabe que, aparte el saquito de bombones y el ramo de flores indispensables, no represento, en el mercado de Venus, valor alguno estimable. "Esa mujer—me dije—es una verdadera original, o me prepara un lazo con fin que no acierto a imaginar."

Como la última suposición no era insensata, decidí proveerme de un revólver.



—¡Eso se llama ir pertrechado de todas armas!—murmuró uno de los oyentes.

Palisene, sin prestar atención a las interrupciones, continuó su relato.

—A las nueve en punto—dijo—me hallé en la avenida Mac-Mahón, y pocos minutos después apareció el carruaje de las esfinges y descendió de él la doncella negra, que cada vez me parecía más negra de guardarropía.

En cuanto entré en el coche y me instalé sobre el asiento, mi acompañante bajó las cortinillas y con ello impidió que yo me diera cuenta del camino seguido por el vehículo. Dimos incontables vueltas, y al cabo de media hora de este ajetreo escuché cercano un agudo silbido. Me dispuse a defenderme, pero la negra explicó:

—No se inquiete el señor... Se trata de que el cochero es mudo y silba para avisar al portero cuando el coche llega, a fin de que le abra la puerta del jardín. Lo que quiere decir, señor vizconde, que hemos llegado.

En efecto, escuché el agudo chirrido de una pesada verja que se abría, y por cuyo paso entróse nuestro coche hasta detenerse ante una escalinata de mármol blanco, guarnecida con barandillas de hierro forjado, y construída con riqueza excepcional y exquisito gusto.

A los lados de la escalinata, enormes vasos de loza de Rouen contenían flores de todas clases, y en lo alto del barandal, suspendidos de airosos soportes, varios faroles de hierro, forjados a estilo antiguo, daban luz a la entrada del hotel.

Pero estoy hablando desde hace un largo rato, amigos míos, y temo fatigaros...

—¿Vas a dejar la historia en lo mejor? ¿Vas a recurrir a los procedimientos de los autores de folletines, que acaban, cada día, suspendiendo hasta el siguiente la parte más emocionante de su historia? Nada de eso. Tú sigues... Tú acabas el relato... Tú no sales de aquí sin revelarnos antes el secreto de la esfinge.

—Bien... Pero si ha de ser así, dejadme respirar.

—Conforme. Respira cuanto quieras. Y para que veas que nos interesas sobremanera, vamos a prepararte inmediatamente un vaso de agua azucarada, como se le hace a los oradores de nota. Cuando le hayas bebido, tendrás la voz clara, la memoria fresca, y nos referirás lo que falta de tu cuento, que es, a no dudarlo, lo mejor...

III

—Como os iba diciendo, franqueado que hube la artística escalinata, me hallé dentro de una vivienda que ninguna analogía me pareció tener con las construcciones modernas. Se trataba indudablemente de una antigua casa señorial, y además, por el silencio que la rodeaba, deduje que su emplazamiento debía de hallarse en algún barrio de muy escasa circulación.

Al entrar por el zaguán, la doncella negra me invitó a seguir adelante. Fuí, pues, tras de ella, y ambos subimos al piso principal del hotel. Cruzamos una antecámara decorada a la española, y llegamos a una pequeña sala de visitas, cuyas paredes estaban cubiertas de telas orientales...

—¡Gracias a Dios!...

—¡Yo creí que no llegabas nunca a puerto seguro!

—¡Bien nos has hecho desear a la esfinge!

—Sigue, Palisene; sigue narrando.

—Pues bien; al fondo de la salita había una puerta, que la doncella negra abrió, al tiempo que anunciaba mi visita. Me hizo signo de que pasara, y me hallé en una habitación que me recordó las que describe el autor de *Las mil y una noches* al evocar los palacios encantados. En el centro de aquella estancia y tendida sobre una meridiana pude ver a una espléndida muchacha, vestida tan sólo con una túnica de seda blanca, tan leve, tan corta y tan abierta por todos lados, que a buen seguro el modisto que la imaginó padecía satiriasis aguda.

Tenía tal mujer el rostro cubierto por un antifaz. Pero ya os digo que en aquel antifaz había cifrado la misteriosa dama todo su pudor... Y, sin embargo, os aseguro que ningún detalle de tan osado atavío revelaba, en modo alguno, a una profesional del amor.

La decoración de la estancia no era tampoco trivial. Las paredes estaban vestidas de *peluche* verde reseda, sobre la que habían sido bordadas caprichosas guirnaldas de flores de colores vivos. Del techo, en forma de *velum,* colgaban ricos tejidos árabes, que se recogían, formando gruesos nudos, en la sombra de los ángulos. Los muebles estaban cargados de mil encantadoras naderías, y en los extremos del salón grandes y profundas butacas parecían dispuestas para la intimidad de los discreteos amorosos.

—¡Sea bien venido en casa de una triste mujer solitaria!—musitó una voz angustiosa, en tanto que una mano fina y aristocrática se tendía hacia mí, sin ostentar joya alguna que no fuese un anillo de boda.

—Señora—respondí—, su soledad podrá ser dolorosa, mas no me parece austera. Esto hace que mi agradecimiento hacia quien tan dulce hospitalidad me brinda sea infinito.

—Quizá dentro de algunos días no piense usted de igual modo.

—¡Por Dios, no diga usted eso!

Acompañé mi réplica con una larga y escrutadora mirada. Decididamente, aquella enigmática mujer era una de las más hermosas que yo había contemplado en mi vida... Esta certidumbre me dictó nuevas y más vehementes protestas... Mi singular amiga las atajó, diciéndome:

—Siéntese aquí, a mi lado. Charlaremos un poco antes de tomar el te.

Me había dejado un lugar junto a su regazo, sobre la meridiana que ocupaba. Encantado de que así, y de una vez, se acortaran las distancias, fuí a colocarme de tal modo, que nuestros cuerpos se enlazaron fatalmente y adoptamos la actitud de amantes a quien ningún recato detiene ya.

En tal postura nos hallábamos y escuchaba yo las divertidas historias íntimas de la alta sociedad parisiense, que mi compañera me refería en el más puro francés, cuando la negra Felicia vino a decir a su señora que el te estaba servido.

Granada—he de llamarla así—se puso en pie. Le ofrecí el brazo y pasamos a un diminuto comedor. Nos sentamos ante la mesa, sobre la que había, servida ya, una exquisita cena, y ¡cuál no sería mi sorpresa y mi regocijo al ver que, tras una cortina de tul, recogida a medias en el fondo del comedorcito, se percibía una amplia alcoba, en cuyo centro, y alzada sobre un estrado de terciopelo carmesí, una inmen-

sa cama de ébano, abierta, ofrecía su voluptuosa blandura, bajo los discretos reflejos de una lámpara morisca.

Esta muda y elocuente advertencia me hizo comprender que eran inútiles, para semejante caso, los tanteos que en la primera entrevista exige el protocolo galante... Y me senté dispuesto a tomar la plaza por sorpresa.

—Vizconde—me dijo la bella, en tanto que nos las entendíamos con la langosta y el pastel de hígado de pato, que daban a aquel "te" apariencias de cena de madrugada—, vizconde, quisiera que dejáramos a un lado los cumplidos. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Raúl. En cuanto a usted, sé que es Granada el nombre que gusta usar.

—Muy cierto. Y dígame, Raúl, ¿se encuentra bien en esta casa?

—Tan bien me encuentro, que empiezo a dudar de si es realidad lo que me ocurre o si es tan sólo un sueño.

—Esté tranquilo... No se trata de una ilusión.

—Tranquilo es mucho pedir, señora. No es tan fácil conservar la serenidad a su lado.

Dije esto, y para demostrarlo me arriesgué a deslizar la mano por el amplio escote de la dama... Hice brotar fuera de la túnica los más admirables senos que podéis imaginar, y los cubrí de hambrientos besos.

Granada reprimió un movimiento instintivo de pudor, y esto me hizo comprender que me hallaba en compañía de una verdadera señora, cansada de recato y virtud, pero sin experiencia ninguna de los atrevimientos que deseaba provocar.

Aquello fué un breve prólogo. Un minuto después comíamos en el mismo plato y bebíamos en el mismo vaso.

Sentada sobre mis rodillas, Granada se estremecía levemente, pero sin protesta alguna, a medida que mis manos iban adelantando en su libertina exploración.

La túnica de seda comenzaba a desprenderse de los hombros y resbalaba poco a poco hacia la cintura, dejando el admirable cuerpo velado tan sólo por una camisa de batista



traslúcida, retenida sobre la opulencia de los senos por una estrecha cinta de seda rosa.

Alcé el vuelo de aquella tenue prenda, y por debajo de ella deslicé la mano y el brazo para acariciar directamente las amplias caderas y el recogido vientre de Granada. Bajo aquel primer gesto de posesión, sentí que todo el cuerpo de la hermosa, erguido bruscamente de cintura para arriba, se conmovía, encendido por un súbito y violento ardor.

—¡Amada mía—murmuré, con la voz enronquecida ya por el deseo—, déjame quererte!...

Por toda respuesta, ciñó con sus brazos mi cuello y me ofreció, entreabiertos, sus labios. Los aprisioné entre los míos y nuestras lenguas se conocieron, naturalmente... Al salir de la embriaguez de la caricia, ni ella ni yo estábamos en condiciones de prolongar más aquellos discreteos. La supliqué:

—Desnúdate del todo.

Ella soltó los broches que aun sostenían la túnica en torno de las caderas y deshizo los lazos que retenían sobre los hombros la camisa. Cayeron los cendales y quedó en mis brazos bella y desnuda como una Venus tizianesca.

La tuve así un instante, cobijada sobre mis rodillas... Pero se alzaba de sus senos y de su vientre un aroma tan intenso de lujuria, que no pude más, y tomando a Granada entre mis brazos la deposité en el lecho. Quedó inmóvil, propicia, sin más gesto de defensa que el de uno de sus brazos, doblado sobre el rostro, ocultando los ojos.

¿Cuál de vosotros, viéndola en actitud de tan feliz sumisión, no hubiera intentado rendirle la sabia y húmeda caricia de vuestra lengua? Porque se ofrecía tan divinamente en relieve el sexo, incitaban tanto sus rojísimos labios a la mordedura saporita y leve, eran tan rizados y espesos los mechoncillos de ébano que decoraban el enloquecedor santuario de todos los placeres, que, sin querer, la boca sentíase como atraída por tanto encanto, ansiosa de rendir a la bella la suprema humillación y el más dulce homenaje también.

Pero ved la rareza de las mujeres. Cuando mi lengua estaba a punto de hundirse por aquel dédalo florecido, la que hasta entonces se me había manifestado como la más tímida y honesta de las gozadoras, me elevó hasta sí, y empuñando impúdicamente mi lanza me dijo con el más delicioso de los desgarres:

—No, Raúl mío; con la lengua, luego... Ahora quiero sentir esta maravilla en mis entrañas; que me posea como ninguna me poseyó, para que pueda llamarme tu hembra, tu ramera, la mujer todo sexo y lascivia, que eso es lo que yo quiero ser para ti.

Y sin darme tiempo a la réplica, con ansia y brusquedad de faunesa, hundió ella misma mi flecha en su carcaj, cruzó sus piernas por encima de mis caderas, impulsó su vientre hacia arriba con el fin de clavarse más profundamente en mi méntula enardecida. Y al tiempo que sus nalgas iniciaban el más enloquecedor de los movimientos, mi sexualidad, vencida, dejaba en su carne la copiosa y caliente prueba de mi placer, que, ¡ay!, no coincidía, ni con mucho, con el suyo anhelado y remiso.

—¿Por qué gozaste tan pronto, gran egoísta?...—me lanzó un si es no es enojada.

—¡Y yo qué culpa tengo de que seas tan hermosa!...

—Ve, ahora habré de esperar a que cobres de nuevo bríos, ¡yo, que me muero por gozar!...

—No te aflijas tú, reina. Mi mano y mi boca sabrán hacerte agradable la espera. ¡Y te juro que cuando vuelva a cabalgarte, gozarás diez veces mientras yo una!...

Mas no eran palabras las que aquella mujer necesitaba. Loca, frenética, ardiendo en la lujuria más desatada, ceñíase a mi cuerpo, y su sexo buscaba mis rodillas para deshacerse en inauditos frotamientos, y gritaba, y lloraba como una posesa, y de su boca, nido de delicadezas, brotaban las más obscenas exclamaciones, los llamamientos más soeces a mi sexualidad dormida. Excuso deciros que con el terrible po-

der de excitación que siempre tuvo la frase canalla en labios de una mujer honesta, mi naturaleza cobró como por ensalmo la más envidiable energía, y, orgulloso de mis nuevos arrestos, traté de aplacar, aplacándome, a aquella divina furia.

Pero la mujer, antes de gustos naturales, habíase transformado en la más abyecta de las gozadoras. Ocultaba su sexo, antes en ofrenda, y oponía, ante el arrebato de mis ímpetus, su grupa redonda y dorada y de una opulencia prodigiosa. Comprendiendo claramente el insano deseo de la bella, sin decir palabra acoplé mis muslos a las posteriores turgencias de Granada, y con habilidad que nunca hubiera sospechado en mí busqué el botón penumbroso de los placeres sodomíticos, lo lubrifiqué levemente con la misma humedad de su sexo, y por él me entré trabajosa y dulcemente con esa divina alegría con que llevamos a cabo un perfecto desdoncellamiento.

Después..., ¿qué deciros, amigos míos? Realizado lo más, lo menos fué cosa fácil y hacedera. Aunque si he de deciros la verdad, para aquella mujer nada era menos por las sutilezas con que lo adornaba, delatoras del más ardiente temperamento del mundo. No me extrañaría que, después de haberme agotado en seis asaltos diferentes y sucesivos, su sexo siguiese reclamando nuevas pruebas de virilidad: de tal manera considero insaciable su lujuria.

—Oye, Palisene..., ¿quién es, en verdad, esa Granada?

—No lo sé, no tal vez lo sepa nunca. Lo único que os puedo asegurar es que se trata de una de esas auténticas gozadoras que no sólo se dejan poseer, sino que se entregan con todos los sentidos, sin reserva ninguna. Creedme, pasaría muy malos ratos si no volviera a tener contacto con ella.

—Pero ¿no estás seguro de volver a verla?

—No. Porque al separarnos en vano la supliqué una nueva y próxima cita... Me respondió invariablemente: "Aguarda a que la esfinge te avise." Por lo tanto, sólo me toca esperar.

—No te vendrán mal algunos días de descanso, hijo... ¡Hay que ver la carita que traes!... Pareces un convaleciente.

Durante la escena anterior, y en tanto que Raúl de Palisene contaba su aventura, uno de los contertulios del Club, llegado cuando la historia iba por la mitad, había escuchado la narración con aire singular.

Cuando Palisene terminó, aquel mozo, que era Máximo de Berny, se acercó al narrador y le dijo, tendiéndole la mano:

—Chico, te felicito... Sabes contar historias admirablemente... No sólo dices lo que ocurre, sino que inventas lo que no ocurre.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes... También yo sé algo de la bella desconocida... También yo he tenido que ver con la doncella negra, con la esfinge dorada y con el hotel de estilo antiguo... Y tanto es así, que anteayer, es decir, el mismo día a que tú te refieres, pasé allí la noche... Por ello sé, con toda seguridad, que tú no estuviste allí en tal ocasión.

—¡La cosa es fuerte!

—Todo lo fuerte que se te antoje, pero es así. Además, no sólo lo afirmo, sino que puedo probarlo.

La discusión adquirió, con tal respuesta, un interés enorme, y toda la tertulia se estrechó formando círculo en derredor de los dos jóvenes.

Inquieto y enojado, Raúl declaró:

—¿Dices que puedes probar tu afirmación? Pruébala, pues.

Melveuse intervino para evitar una mala inteligencia, capaz de ocasionar un disgusto.

—Vamos a ver—dijo—; puntualicemos. En primer lugar, ¿qué fecha era el día en que tú recibiste las mercedes de la dama, Raúl?

—El seis.

—¿Y tú, Máximo?

—El seis.

—¿Los dos fuisteis obsequiados con te?

—Los dos—respondieron al par ambos interesados, sin poder impedirse de reír.

—Pues que hable Máximo.

—Nada tengo que decir de nuevo en lo que se refiere al prólogo... La misma carta misteriosa... La misma esfinge estampada sobre el papel, el mismo carruaje, la misma doncella negra, el mismo procedimiento. Y ved la tarjeta, que aquí la conservo.

—¡Ved la mía!—clamó Raúl.

—No cabe duda—afirmó Melveuse—; aquella noche estuvisteis los dos en casa de la misma dama.

—¿Cómo pudo ser, si no nos encontramos?

—Iríais a diferentes horas.

—Por lo que dice Raúl—arguyó Máximo—, él fué una hora antes que yo. Pero hay detalles que no coinciden ni remotamente. Así, por ejemplo, la dama no se llama Granada, sino Pervinca, y no es meridional, sino norteña... De la morena fogosa y opulenta descrita por Raúl no hay ni sombra. Se trata de una rubia deliciosamente tímida, que, cuando se despoja de un kilómetro de gasa, con el que compone, en mil vueltas, su vestido, aparece como una Eva creada con la más pura nieve: una Eva ingenua y curiosa a un tiempo, que os desconcierta con los asombros de una colegiala y con las instintivas perversiones de una hetaira de nota. No es impetuosa, como Raúl dice, sino blanda y mimosa; todo lo más felina que una mujer puede ser... No es vehemente, ni domina al hombre con sus ardores, sino que es tan menuda y frágil que parece una niña precozmente formada, y que hay momentos en que, antes de poseerla, siente uno cierta alarma por la desproporción que existe entre su feminidad casi infantil y la ruda virilidad de un hombre.

—¡Estos chicos se han vuelto locos!—dijo un contertulio.

—Eso me parece—añadió otro.

Pero Resdoff arguyó:

—Aquí hay un misterio... Ni Raúl ni Máximo son capaces de faltar a la verdad. Creedme, amigos, aquí hay u misterio, y si no le descubriéramos labraríamos el descrédito de este Club, que por algo lleva el remoquete de Club de los Sutiles... Como veis, Raúl afirma haber poseído a una infernal morena. Por su parte, Máximo dice haber gozado a una rubia celestial. Y los dos coinciden en la fecha y en las horas durante las cuales hubo de serles dispensada tan varia felicidad.

Alguien insinuó:

—Yo creo ver en todo esto las habilidades de una experta vendedora de ilusiones.

Pero los dos héroes de la doble historia protestaron con vehemencia:

—Nada de eso... A mí, ni siquiera los criados me admitieron propina.

—Ni a mí tampoco. Y además—añadió Raúl—yo recibí

al día siguiente, devuelto por correo, un cheque que discretamente dejé, por si acaso, sobre la repisa de la chimenea.

—Os digo y os repito que se trata de un misterio.

—Cierto, y que nos intriga a todos y a...

—A mí más que a nadie—afirmó Raúl.

—Pues yo me prometo hacer lo imposible para descifrarle—dijo Máximo—, y lo que es pasado mañana he de estar en acecho y he de observar los menores detalles cuando vaya a casa de la enigmática seductora.

—¡Ah! Pero ¿vuelves tú pasado mañana?—exclamó Palisene fuera de sí.

—¡Claro que vuelvo!

—¿Has recibido aviso de la esfinge?

—No... Pero al separarme de ella convinimos en esta nueva cita.

—¿Y cómo es que yo no pude lograr análogo acuerdo?

—Tú sabrás.

—¿La doncella negra te ha de esperar en la avenida Mac-Mahón, como la otra vez?

—No. En esta ocasión he de aguardar el coche en la... Pero me parece que hablo de más... Tendría muy poca gracia que por una indiscreción le hiciera yo mal juego a una mujer que tan amablemente me trata... Sois todos unos guasones, y no quiero facilitaros la pista para que me estropeéis la combinación.

Estas palabras alzaron en la concurrencia una verdadera marejada de indignación.

—¡Alto, jovencito! Los sutiles somos solidarios...

—Sí, pero la solidaridad acaba cuando comienza el amor.

—¡Mal amigo!

—¡Mal compañero!

—¡Renegado!

—¡Egoísta!

—Dejaos de insultos y ved cómo os las ingeniáis. Si alguno de vosotros me quita la dama, no tendré más remedio que resignarme... Pero ha de ser en buena lid, y ganándola por sus propios merecimientos; no abusando de mi confianza y de mi ingenuidad. Conque ya lo sabéis. Cada cual puede urdir su plan de investigación y de conquista, y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga...

Máximo, después de este pequeño discurso, abandonó el Círculo.

Palisene le vió alejarse y exclamó despechado:

—¡Qué suerte la de ese bandido! Hay que ver el partido que tiene entre las mujeres... ¡Y no sé por qué!...

—Quéjate tú, después de lo que te ha ocurrido—reprochó Melveuse.

—No me quejo... Pero ya veis... El vuelve a la casa misteriosa y yo no... Mis aventuras acaban antes de lo que yo quisiera. En cambio, a él le duran todo lo que quiere, y sólo las abandona cuando le cansan.

—Ya sabes la cantata: "La donna e movile—cual piuma al vento..."

—Y no es poca ventaja la de no tener que imaginar recursos para separarse de las amantes que se agarran a uno como a un clavo ardiendo, ¡valga la frase!

—Vuestros argumentos no me consuelan. Me voy... Y prometo contaros todo lo que ocurre, si algo ocurre... Yo no soy tan reservado como ese infame de Máximo.

IV

No sólo en el Círculo de los Sutiles se escuchaban íntimas confidencias.

En el *budoir* del lindo piso que Julia habitaba en el bulevar Saint-Michel, las dos mujeres que tanto intrigaran a Raúl, Máximo y a sus amigos se contaban, entre risas, los detalles de sus horas de amor.

—¿Por qué no viniste a la finca ayer?—preguntó Florentina a su amiga—. Te estuve esperando para que me dijeras lo que había pasado durante tu entrevista.

—No fuí porque estaba muy cansada... Además, tenía muchas visitas que hacer.

—Me pareces muy poco entusiasmada de tu amante.

—No lo estoy mucho, la verdad... Empiezo a creer que no es muy buen sistema, para consolarse de la viudez, el tener un amante solo.

—Decididamente, tú has sufrido una desilusión, Julia.

—No y sí... Raúl es un guapo mozo, todo distinción y cortesía, que sabe, no obstante, "lanzarse" en el momento oportuno. Pero, ¡qué quieres!, no es hombre que me satisface plenamente. En el primer asalto tuvo la inhabilidad o la desgracia de gozar apenas me penetró, y allí me hubieras visto hecha una verdadera furia ante mi galán, cuya arma permanecía en la más triste de las flacideces... Tuve que recurrir a ofrecerle, como una ramerilla cualquiera, mi virginidad posterior para que mi agotado caballerete se viese de nuevo en condiciones de ataque... Y esto es vergonzoso por él y por mí... Menos mal que el inédito placer hizo vibrar mi carne con estremecimientos insospechados... Pero eso está bien como remate de una suculenta noche de amor; nunca como principio. Te digo que estos hombres rubios y relamidos son flojos hasta la desesperación... Hasta la lengua es torpe en ellos... ¡Y no será por falta de práctica!... No hacen otra cosa... Tan disgustada he quedado de mi Adonis de guardarropía, que he decidido no volver a tener entrevista alguna con él... Ayer, en los salones de madame de Bourmond, lo tuve a mi lado más de media hora. No me reconoció ni por asomo. ¡Si él supiera!...

—Esa experiencia me tranquiliza. Temía yo que el antifaz no nos ocultara todo lo necesario.

—Pues nada temas. Pero dime: ¿y a ti cómo te fué con tu donjuán?

—¡Oh, encantada!... Máximo es un hombre atento, experto como pocos y fuerte como un Hércules... No te puedes imaginar. He gozado en sus brazos todo lo que se puede gozar con un hombre. Lo único que me inquieta es...

—Sí, ya sé... Que a lo mejor te encuentras con otro hijo.

—Ni más ni menos. Y no creas que el problema sería fácil de resolver.

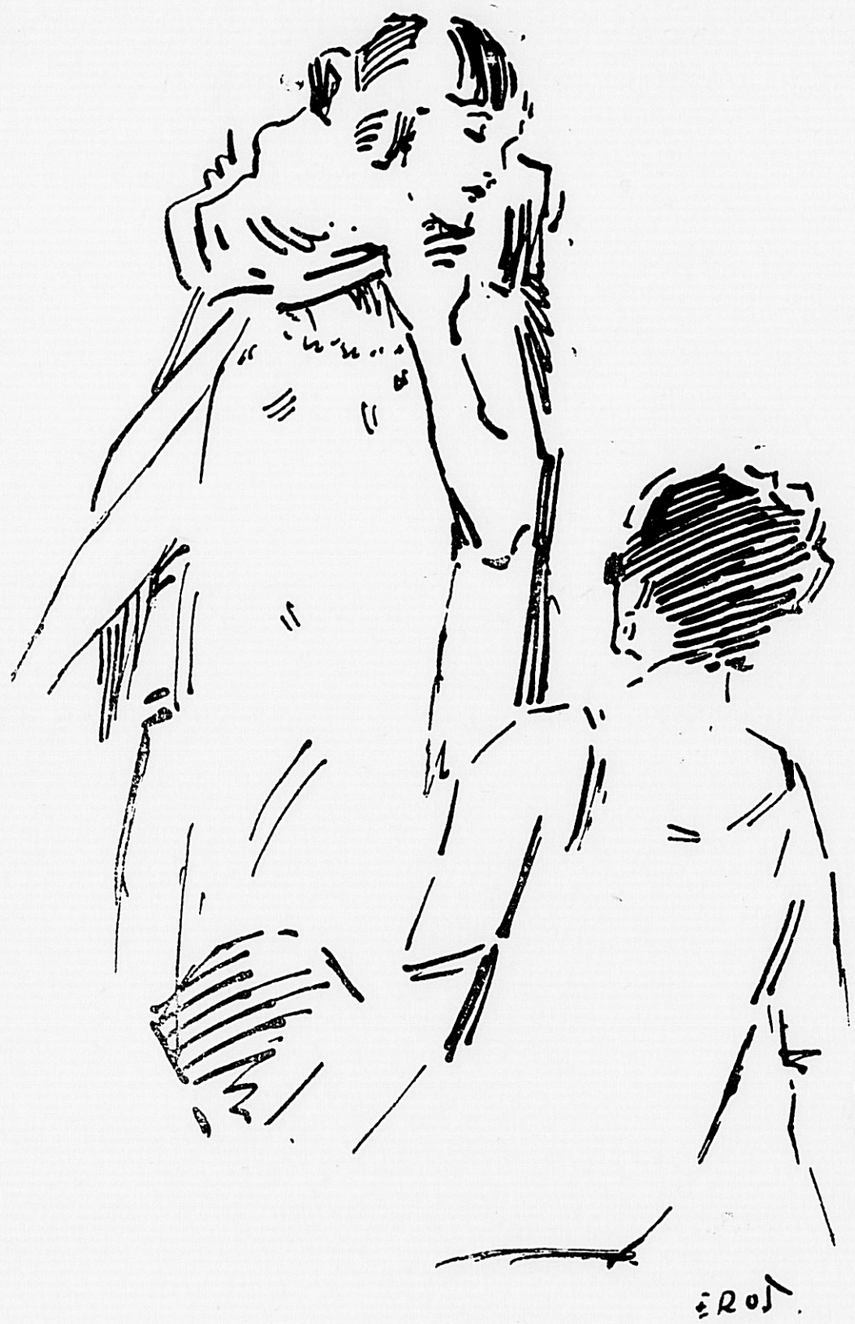
—¡Bah! Si lo pasas bien, no te apures... Quien nada arriesga nada logra.

—Es verdad. Y si la cosa ocurriera, en último recurso, con hacer un viaje...

—Claro. ¿Volverás a ver a Máximo, naturalmente?

—Sí, mañana. Y creo que le podré convencer de que me ame como a mí me gusta más ser amada.

—¿Que es...?



—Con reciprocidad de caricias, como las nuestras del otro día. ¡Son las más agradables y las menos peligrosas!

—No lo creas, Florentina. Tienen un gran peligro: el enervamiento, la neurastenia...

—A mí me dejan tan tranquila, después del goce.

—Eres graciosa... ¿Sigues los consejos de Dorotea?

—No. Mi doncella me dice todo lo contrario, y a cada momento me amenaza con la fatiga nerviosa y con la vejez prematura si continúo prefiriendo los refinamientos amorosos a la caricia natural. Pero con todo eso, si Máximo me entiende y se aplica, estoy segura de que le amaré de veras.

—Si tal te ocurriera, cuento con que nunca le hagas conocer nuestro secreto.

—Descuida. Nuestra amistad está por encima de todo.

Callaron un instante las dos mujeres. Julia contempló con un punto de asombro a la delicada Florentina, que sabía revelarse tan prodigiosamente viciosa, tan refinada y perversa en sus predilecciones amatorias. ¿Era posible que aquella criatura, tan divinamente dispuesta para el amor, derivase con tanta pasión y enardecimiento por las rutas nefandas de las caricias prohibidas? Nadie diría, viéndola tan tímida y honesta, que bajo aquellas puras apariencias se ocultaba la más cínica gozadora, pues cinismo, y no poco, se necesitaba, no sólo para tolerar el aberrado acto, sino para desearlo y provocarlo con todo el arte y el ingenio de que es capaz una mujer.

Que llegase ella a tales licencias—pensaba Julia—nada tenía de singular. Su temperamento ardiente y desaforado habíale arrastrado mil veces a la comisión de los pecados más horrendos, sin que, después de gustados, el remordi-

miento mordiera en su conciencia, endurecida por la lascivia y corrupta por todas las concupiscencias.

Pero lo que en ella se le antojaba natural y legítimo, en Florentina le parecía la más terrible de las inconsecuencias. No se podía tener una cara tan linda, ni unos ojos tan serenos, ni una prestancia tan suavemente angelical, para, debajo de todo aquello, esconder un alma tan impura y unos gustos tan depravados.

Y lo peregrino era que el mayor encanto de la chiquilla residía precisamente—conociéndola, como ella la conocía—en aquel su precioso antagonismo entre lo físico y lo moral. Sólo considerando todas estas cosas, Julia sentía revolverse sus lujurias. Y al mirar ahora a su amiga, que, como si estuviese leyendo en su pensamiento, se complacía, para desconcertarla, en adoptar el aire más inocente del mundo, un deseo irreprimible de posesión se despertó en su alma, y sólo quiso ya gozar a la divina criatura que por modo tan delicioso se ofrecía a sus designios.

En silencio, con esa reprimida ansia con que gustamos a veces realizar aquello que más anhelamos, Julia aproximóse a su amiga, la tendió cuan larga era sobre el vasto diván, sembrado de almohadones, y alzándole con inimitable picardía las leves defensas de la bata y la camisa, dijo, descubriendo y posando el índice en los ensortijados vellones del sexo:

—¿Es aquí donde quiere mi nena que la bese yo mucho?

Florentina rió, las mejillas arreboladas.

—¡Ah! Ahora te callas, soberana viciosa... Pues como no me lo pidas tú, como no me lo supliques muchas veces, te juro que no te hago nada...

Florentina, siempre en silencio, separaba ampliamente los muslos, abría, con la ayuda de sus dedos, la grutilla escarlata para facilitar a la amiga la dulce posesión. Y sus ojos, preñados de lascivia, pedían y suplicaban mil veces y una vez lo que sus labios no querían suplicar.

—Es inútil—profirió la hermosa morena—, me lo tienes que pedir con la boca; me lo tienes que decir tú misma, tú misma... Nada de abrirte el sexo ni mirarme de esa manera... Tu palabra, quiero tu palabra; cuanto más cínica y desvergonzada, mejor...

Y para inflamar más aquella naturaleza en delirio, puso un beso terco y hondo en la rosa abierta y odorante de la silenciosa.

Como si toda la obstinación de Florentina hubiese estado esperando aquel beso diabólico para deshacerse en lúbricas frases, su boca clamó más que dijo:

—¡Sí, vida mía, sí! ¡Bésame tú mucho ahí, ahí!... ¡No te canses, mi alma, que tu nena quiere verte siempre entre sus muslos!... ¡Oh, qué boca más divina tienes, encanto mío!... ¡Sigue, sigue, nena mía! ¡Muérdeme, mátame, si quieres!... ¡Soy tuya, tuya!... ¡Oh!...

El divino instante del goce puso fin a la encendida letanía deliciosa y unió para siempre con los lazos fortísimos de la aberración las almas emponzoñadas de las dos sáficas.

V

Cuando al día siguiente llegó Máximo a la calle de Carlos V, la doncella Dorotea le hizo pasar, no al gabinete *pompadour,* en que tuvo lugar la primera entrevista, sino a un

pequeño *boudoir* dispuesto sabiamente para que el galán adivinase lo que su dama no se atrevía a decirle; es decir, que hay muchos modos de calmar las ansias amorosas, y que Pervinca prefería con mucho las caricias infecundas y perversas a las ingenuas y primitivas.

Al arreglar así su programa, Florentina había razonado con la siguiente y clara lógica:

—Debo únicamente—había pensado—preocuparme de mi satisfacción personal. Por ello no he de aceptar una caricia que me gusta menos y que compromete más que esa otra preferida por mis sentidos... Si Máximo se acomoda a mi criterio, yo haré por complacerle en igual terreno, y si no, le despediré y no volverá a tener noticia de la esfinge. Para sufrir el abrazo del hombre tal como lo sufrían las mujeres prehistóricas, valdría más casarse; y así, por lo menos, no habría compromisos, llegado el caso de un enojoso embarazo. Pero con un amante, y en el mayor secreto, la cosa no tendría gracia...

En tanto que la joven sostenía tal monólogo mental, todo el sistema misterioso, o sea Dorotea disfrazada de doncella negra, el coche negro y el cochero negro, funcionaban como de costumbre, y al cabo de un rato Máximo de Berny perdía la paciencia, solo, en una habitación que le era completamente desconocida.

Era una especie de saloncillo cuyas paredes dibujaban un octógono y de la que pendían colgaduras de seda color eminencia.

En derredor de las paredes y dibujando también un octógono, había un diván forrado igualmente de púrpura. Este diván se coronaba con una repisa colocada a la altura de los ojos y sobre la cual se alineaban pequeños cuadros y grupos de estatuillas intensamente iluminados por una lámpara central de doble pantalla. En medio de la estancia, un brasero español quemaba pastillas orientales que impregnaban el aire de fuerte y enervante aroma.

—La señora suplica al señor que aguarde un instante —dijo Dorotea al retirarse.

Máximo, resignado a que el instante fuera largo, se puso a escudriñar los cuadros y las esculturas que decoraban la repisa.

—Este gabinetito—pensó—tiene todas las trazas de un refugio de artista. Menos mal que en París no abundan las mujeres con tan alta vocación... Además, si la dama del misterio hace profesión del arte, es seguro que la conocen en ciertos cenáculos, y voy a tardar muy poco en averiguar su nombre verdadero. Mas, ¡caray!... Estos cuadros y estas estatuillas son de una audacia desconcertante... Aquí hay una Venus acariciada a la manera de Lesbos por una Aglae. El mármol parece vivir, y la expresión de goce que le anima es capaz de exacerbar a un santo... Este cuadro, ¿qué representa? Es un boceto sin terminar, pero la única figura acabada es la de esta muchachita que ensaya por primera vez la manipulación del placer solitario que alguna compañera de colegio acaba de revelarle... Parece que la maniobra le da excelente resultado, a juzgar por el éxtasis del rostro. Y el apunte es tan realista y verídico, que se diría que el pintor lo esbozó del natural, espiando por el agujero de una cerradura... Pero, decididamente, Previnca ha reunido aquí una colección especial, sin duda muy de su gusto... Este otro cuadro representa a una gozadora que se las entiende con su amante, pero que, olvidando las terribles sentencias que Moisés dictara contra los lujuriosos, ciñe el cue-

llo de su cómplice con los espléndidos muslos, y así le ofrece el fruto de voluptuosidad que el dócil camarada parece dispuesto a saborear en el sentido estricto de la palabra. Es de esperar que la bella premie al cabo tal sumisión con la más placentera de las reciprocidades. Otra cosa sería injusta. La figura de la mujer es admirable. No así la del hombre, que deja bastante que desear. No cabe duda que el tipo ideal de belleza masculina no se definirá en tanto las mujeres no se encarguen de labrar en mármol la estatua digna de hacer pareja con la Venus de Milo. Y esto es así, porque entre la forma poderosa del Hércules y la gracia un poco femenina del Apolo del Belvedere, hay un tipo intermedio y perfecto... ¡Pero cuidado si mi dama me hace esperar!...

Máximo siguió distrayendo el tiempo examinando los cuadros y las estatuas, a cual más significativos, y desde luego unánimes en la recomendación de las prácticas del tribadismo, aunque se tratara de grupos de mujer y hombre. Tal circunstancia sugirió al galán profundas meditaciones.

—¿Qué quiere decir esto?—se preguntó, alarmado—. ¿Qué significa este curso de amor entendido a la manera de Lesbos, que se me impone como preparación de la segunda entrevista?

De pronto una idea luminosa cruzó por su espíritu.

Estaba hojeando un álbum de estampas especiales y dió con una serie a través de la cual dos amantes, hombre y mujer, practicaban todas las formas posibles del amor, con la sola excepción de aquella que permite fecundar la entraña femenina.

Al margen de la última estampa y escritas con letra de mujer, Máximo leyó las siguientes palabras, que eran un elocuente y significativo comentario:

"He aquí la última palabra de las dichas del mundo: el alfa y el omega del amor."

No podía estar más claro.

—¡Ah, caramba!... Me habían preparado una lección... He de aprovecharla, y no sabe Pervinca lo bien que en tal terreno nos vamos a entender. Mas no supongo que olvide mi dulce compañera que esta clase de atenciones han de ser recíprocas...

Luego de otra corta reflexión, Máximo prosiguió su monólogo:

—No cabe duda... Procedí con insuperable torpeza el día pasado, y debí de dejar a mi incógnita amiga un recuerdo harto deficiente. Pero ¿acaso sabía yo con quién trataba? Una mujer que da el primer paso por el camino de la vida galante hubiera podido asustarse de ciertas audacias y aplicarles el lugar común de las inadmisibles depravaciones. Por el contrario, una profesional enriquecida y deseosa de hacer papel de mujer honesta, hubiera fingido indignación, tanto más fácil de simular cuanto tras de ella se ocultaría el hastío. Era verdaderamente una situación muy delicada. Ahora, en cambio, ya sé a qué atenerme... Ya sé que esos dos bellos ojos, que parecen espejos de candidez, están avezados a reflejar los más osados e impúdicos espectáculos...

Las reflexiones de Máximo fueron interrumpidas por la nueva aparición de Dorotea, quien dijo:

—El señor puede venir...

Máximo fué tras de la falsa negra y pasó al gabinetito de terciopelo oscuro y raso blanco en donde fué recibido en la ocasión precedente.

Pervinca, tendida indolentemente sobre una meridiana, parecía haberse ingeniado para estar de acuerdo completa-

mente con su falso apelativo; vestía una levísima túnica de gasa color pervinca, tan tenue, que, al través de ella, no se perdía detalle de la fina camisa de batista, bajo la cual traslucía excitante y mórbida la blonda y adorable desnudez. Entre los senos, la amante de Máximo ostentaba un ramo de pervincas.

Florentina ocultaba su rostro con el antifaz, como en la entrevista anterior. Pero su belleza no perdía un ápice con este detalle, sino que, muy al contrario, se salpimentaba deliciosamente con el condimento del misterio.

Al ver llegar a Máximo le ofreció los labios con irresistible mohín. El joven besó la perfumada boca y murmuró luego con dulce reproche:

—¿Por qué me has hecho esperar tanto, sabiendo la impaciencia que tengo por verte?

—Esa impaciencia, querido Máximo, no te estorbó ayer para cortejar a la señorita de Versanges, ni antes de ayer para acudir a una cita que te dieron en una platea de la Opera...

—¿Cómo sabes todo eso?

—¿Acaso no es cierto?

—Sí lo es; pero te juro que nada ocurrió que pueda motivar tus celos.

—¡Celos!... ¡Oh, no!... Yo no soy celosa. Y si te hablo de esos escarceos tuyos es con el exclusivo objeto de conseguir que, por vanidad, o, mejor dicho, por fatuidad masculina, imaginas que tomo por palabras del Evangelio esas protestas de amor que me haces...

Máximo, preocupadísimo, inquirió:

—¿De manera que estabas en casa de Versanges, y en la Opera, ayer y anteayer, respectivamente? ¿Cómo pudo ser que yo, al encontrarte allí, no te reconociese?

—Ya sabes que el amor es ciego.

—Déjate de bromas y respóndeme. ¿Estabas de verdad en esos sitios al mismo tiempo que yo?

—No he dicho tal cosa.

—Pero...

—Pero sé lo que ocurrió. Y ahora me confirmo en la idea de que tu amor arde con fuego muy apagado, cuando no te presta luces ni siquiera para descifrar tan inocente charada.

—No soy experto en juegos de paciencia, pero, en cambio—añadió el joven con marcada malicia—, creo poseer extraordinaria habilidad en otra clase de juegos...

—¿Ah, sí?—murmuró Florentina simulando ingenuidad—. ¿Podría saberse qué clase de juegos son esos?

—No tardaré mucho en disputarte una partida, y ¡ay de ti si pierdes!

La conversación, apartada definitivamente del desagradable tema con que se había iniciado, tomó así, y merced a la diplomacia de Máximo, más grato derrotero. El amante de Pervinca observaba en tanto la habitación, y se fijaba en ciertos detalles que parecían intrigarle. Florentina se dió cuenta de ello y preguntó:

—¿Qué miras?

—Los cambios que aquí tuvieron lugar en estos días.

—Nada se ha cambiado.

—Te aseguro que sí.

—Dime, entonces, qué...

Florentina se había puesto en pie y giraba, sonriendo, una mirada circular en torno de la habitación. Máximo la

enlazó por la cintura y la llevó hacia los lugares donde él creía ver transformaciones.

—En primer lugar—dijo—, aquí, frente a la cama, hay un espejo de pie, que no estaba el otro día.

—Sería porque la doncella habría olvidado colocarle.

—Tal vez... En todo caso, celebro que hoy no haya padecido la simpática negra el mismo olvido... Los espejos son maravillosos cómplices cuando son buenos. Y éste debe de serlo...

—Creo que sí... Mira.

Diciendo esto, Pervinca desabrochó su túnica y, por encima del amplio escote de su camisa, hizo surgir la maravilla de su seno. En la luna del espejo Máximo contempló la delicia de la provocación. Luego, excitado ya el mozo, se volvió hacia la bella misteriosa y con un gesto rápido y un poco brutal acabó de descubrir aquel busto encantador.

Ella murmuró, riendo:

—No sabes desnudar a una mujer...

Y rápidamente se despojó de la túnica y de la camisa. Al quedar completamente desnuda, se irguió ante el espejo y dijo a su amante, mostrándole de nuevo el cristal:

—Mira...

En la penumbra luminosa creada por la reflexión de los matices sobre el cristal, Máximo contempló largamente la voluptuosa y nívea escultura. Era toda ella como una visión de enfebrecido ensueño, y parecía tan delicada, que hubiérasele juzgado irreal e incorpórea a no verla palpitar con el ritmo de los menudos senos erguidos y a no poner el sol, con un rayo furtivo que se deslizaba sobre el albo vientre, un ascua de oro entre los rizos del sexo breve y odorante.

Máximo tendió a su amiga sobre el lecho. Había llegado



la hora de tomar el desquite de la cita anterior. El jovcn murmuró:

—¡Jugamos?

—¿A qué?

—Al amor.

—¿Y qué se pierde?

—La noción de la realidad.

—Entonces, el que pierde, gana.

—Justamente.

Florentina, con las piernas colgando fuera de la cama, se colocó al través del colchón, de modo que sus caderas, apoyadas sobre el borde del lecho, quedaron en alto, ofreciendo el sabroso y tierno fruto de su feminidad anhelosa.

De rodillas ante su amante, Máximo la cubría de besos.

Florentina suspiró...

Poco a poco los besos fueron describiendo círculos sobre el vientre, y los muslos, y en derredor del triángulo sexual. Las caricias concéntricas se hicieron cada vez más rápidas, al extenderse sobre un radio cada vez más corto, hasta que al cabo, los labios detuvieron su fuego en un punto sobre el que picaron apenas, buscando la penetración necesaria para aprisionar los pétalos carnales.

Bajo aquella irresistible caricia, Florentina se estremecía toda ella, y para no moverse y no interrumpir el progreso del goce, la bella mujer asía las ropas del lecho con sus manos temblantes.

Máximo, encendido ya en deseos, ponía en su beso laminante una hambrienta energía, en tanto que sus fuertes manos aferraban las caderas de Florentina, manteniéndolas quietas y altas, y a las veces apartaban con ademán brusco y rápido los muslos, que la conmovida mujer apretaba involuntariamente en la angustia deleitosa, anunciadora del espasmo. La voz de Pervinca suspiró, más que dijo:

—¡Chiquillo mío, que me matas!... ¡Así quería yo que me quisieras, así!...

Como un latigazo espolearon aquellas frases el vicioso enardecimiento del galán. Penetró cuanto pudo con su lengua el rinconcillo quemante e intonso. Y si antes era infatigable su caricia, ahora cobró bríos de frenesí y de locura.

—¡Oh! ¡Hermoso mío!... ¡Cuánto y qué bien sabes hacerme gozar!... ¡No te pares, mi vida!... ¡Sigue, sigue!... ¡Así! ¡Así! ¡Así!...

El lamento subió en rápido crescendo, hasta trocarse súbitamente en rugido.

—¡Alma!... ¡Alma mía!...

Un instante después caía el bello cuerpo inmóvil y como extenuado...

Máximo se puso en pie y contempló a su amante. Viéndola desfallecida, juzgó llegado el momento oportuno de desnudarse y echarse sobre el lecho. La escena, en la que él acababa de ser parte activa, le había enardecido terriblemente, y su virilidad, exacerbada, tendíase en demanda de contienda. Cautelosamente, el joven deslizó una de sus piernas por entre las de Pervinca, y buscó una postura propicia. Cuando la halló, inició, lento y con mil precauciones, la penetración. Pero Florentina había sentido en su carne aquel impulso preliminar... La conciencia de lo que podía ocurrir en un minuto, si ella se abandonaba, le devolvió sus perdidas energías... De un salto se incorporó, librándose del natural acoplamiento, y con gesto decidido y rápido se arrodilló sobre la cama, entre las piernas de Máximo. Luego, in-

clinándose, empuñó la fuerza de su amante y la envolvió en la caricia tibia y húmeda de su boca.

Máximo quiso protestar:

—¡No!... ¡Tú, no!...

Pero ella, con un gesto, afirmó su voluntad, y el joven se sintió cada vez más poseído, más devorado por aquellos labios, en los que, a falta completa de experiencia, notaba el hombre un terrible afán de lograr la victoria en el voluptuoso trance.

Llegó un punto en el cual el amante se juzgó incapaz de seguirse dominando, y para evitar que el espasmo se produjese con todas sus consecuencias en semejante situación, trató de desasirse.

Florentina interrumpió su caricia un segundo para gritar con imperio:

—¡No! ¡Quiero que goces así!...

Y en seguida, la purpúrea boca reanudó con diabólico simulacro devorador, y casi mordió de veras, en fuerza de apretar, cuando Máximo, en los rudos impulsos del espasmo, parecía enclavar la deliciosa garganta, penetrándola casi...

***

Poco después, y al salir del baño reparador, los amantes se instalaron ante una mesita provista de suculenta colación.

En tanto que Florentina hacía honor al *lunch,* Máximo, que la contemplaba extasiado, le dijo:

—¡Cualquiera se fía de las apariencias! Al verte por primera vez creí que eras una rubia soñadora y sosa... Una especie de agua dormida. Y ya ves, resultas la amante ideal: la más ardiente, la más perversa, la más desconcertante... ¡Cualquiera se fía de las apariencias!...

Enamorada, la supuesta Pervinca murmuró:

—¡Chiquillo mío!...

Y luego, más bajo:

—Te gusta así, ¿verdad?

—¡No ha de gustarme!

—¿Más que como Dios manda?

—Más, porque en estas cosas lo que manda el Diablo es lo que más place.

—Entonces, lo haremos así siempre; ¿quieres?...

—¡Encantado!

—No puedes figurarte lo que me alegro que estemos de acuerdo... Porque, aparte de mis preferencias, ya comprenderás que, en mi situación, no debo correr el riesgo de tener un hijo. ¡Habría que oír a las gentes!...

Máximo aprovechó el momento de perfecta armonía y confidencia para suplicar:

—¿Quieres hacerme del todo feliz?

—¿Cómo?

—Quitándote ese aborrecible antifaz... ¿No tienes confianza en mí?

—Tengo confianza, Máximo; pero no me pidas que me descubra... Mi secreto no me pertenece... Si me arrancara este trozo de seda que me cubre la cara, no volverías a verme más.

—No insisto. Pero no puedes imaginar lo que me molesta eso de no conocer tu rostro, que, sin embargo, ¡debe de ser tan bello!

—Si no conoces mi rostro, confiesa que es lo único de

mí que no conoces... Muchos hombres se darían por satisfechos con no ver el rostro de las mujeres hermosas si, en cambio, se les autorizaba a ver y aun a poseer el resto...

—Es verdad, y puesto que así lo quieres, hágase tu santa voluntad. Y ahora, hablando de otra cosa, dime: ¿quién es el autor de esos cuadros y de esas estampas voluptuosas que has reunido en tu pequeño museo secreto?

—No lo sé. Tenía ganas de poseer una colección así, y encargué a Felicia que la buscase. Ella fué quien me procuró tales obras...

—¿Felicia es la negrita?

—La misma.

—Pues quisiera que me procurara una colección semejante.

—No sé si le será fácil encontrarla...

Máximo rió:

—Eres—dijo—una deliciosa embustera... Esos cuadros y esos dibujos son tuyos, y tú eres el artista, obsesionado de erotismo, que ha compuesto magistralmente tales escenas. Pero no lo confiesas, porque temes que ese dato me sirva de guía para descubrir tu verdadera personalidad. Te advierto que tus precauciones serán pronto inútiles. No soy yo sólo quien tiene empeño en descifrar tu enigma. Ya se conoce esta historia en el Club de los Sutiles... Ya saben todos los socios que a dos de ellos les has concedido la merced de tus citas... Y han tomado la resolución de ponerse en campaña para dar con la esfinge misteriosa y tratar de conquistarla...

—Hablas de mis amantes en plural... ¿Por qué? Te aseguro que al único "sutil" a quien hasta ahora he dado cita eres tú.



—Lo sospechaba; porque mi amigo Palisene, que es el otro afortunado, asegura que su esfinge es morena, que se llama Granada y que posee un espléndido cuerpo agitanado. Como ves, ninguna de esas señas coincide con las tuyas... Por cierto que el pobre Palisene está desesperado porque no recibe aviso de su Venus...

—Se conoce que por eso anda tan mohino y demacrado estos días—replicó Pervinca.

Máximo exclamó, sorprendido:

—¡Ah! Pero ¿le conoces?

—Sí; le veo con frecuencia en el Bosque.

—Pues le harías un gran favor si convencieras a la tal Granada, que supongo será tu amiga, de que no le eche en olvido y de que le llame para brindarle nuevos goces.

—No puedo hacer lo que me pides. En cambio, transmítele este buen consejo: que olvide su aventura y que no espere repetirla.

—¿Por qué?

—Porque Granada no quiere volver a verle.

—¡Bah!

—Como te lo digo. Parece ser que tu compañero de Club no tiene el menor encanto.

—¡Ah! Y dime: esa Granada, ¿tiene tus mismos gustos?

—Parecidos; aunque creo que tampoco le desagrada el abrazo primitivo y... hasta el sodomítico.

—¡Caray! ¿Sabes que tu amiga es una perfecta enciclopedia?...

Hubo una pausa. De pronto, Máximo propuso:

—¿Empezamos de nuevo?...

—No. Es ya demasiado tarde, y si me entretengo más, perderé el tren.

—¿Vives lejos de París?

—Vivo lejos de París y cerca de la plaza de la Concordia; en China, en Chicago, en Kamtchatka... ¿Te enteras?

—Me entero de que no hay modo de descubrir tu guarida. ¡Qué se ha de hacer!... Y puesto que tienes prisa, me voy, para dejarte en libertad. ¿Cuándo volveremos a encontrarnos?

—¿Dentro de cinco o seis días?

—No me vengas con vaguedades. Precisa la fecha. No sea que me ocurra lo que a Palisene.

—No te apures. Tú sabes hacerte querer. Quedamos citados para el jueves.

—Gracias, Pervinca.

—¡Ah! Y procura que ninguno de los sutiles averigüe mi personalidad ni la de mi amiga, porque entonces te juro que no volveremos a vernos más.

—Conformes.

Llamó Florentina a un timbre, y apareció Felicia.

—Acompaña al señor.

Máximo se despidió de su amante y salió, precedido de la falsa negra. El muchacho había resuelto hacer lo posible para que la doncella le pusiera sobre la pista del misterio que rodeaba a Pervinca. A tal fin, y al cruzar la antecámara, dijo:

—Amable Felicia: ¿quiere usted hacer el favor de indicarme dónde podría yo encontrar un álbum de acuarelas semejante al que hay encima de la mesa del gabinete de su ama de usted?

Y al hacer tal pregunta, Máximo deslizó un billete de cien francos en la mano de la doncella.

Esta replicó:

—No, señor; no puedo decir eso. Pero si el señor tiene interés en poseer un álbum así, yo encargaré que se lo haga a quien hizo el otro. Y para eso—añadió, devolviendo el dinero—no necesita el señor anticipar cantidad alguna, porque es persona de crédito; y, por otra parte, no soy yo persona que traicione a su ama por dinero.

Máximo se guardó el billete, un poco desconcertado. Poco después, luego de dar cien vueltas por París en el coche del misterio, y junto a la doncella negra, se apeó, al detenerse el carruaje, a pocos pasos del Club de los Sutiles. Quedó Máximo en la acera, siguiendo con la mirada el coche, que se alejaba de prisa, camino de los Campos Elíseos, cuando sintió que alguien le asía por el brazo y trataba de arrastrarle en seguimiento del coche. Era Palisene, fuera de sí...

—¡El coche de la esfinge!... ¡Corramos, para averiguar dónde se mete!

Máximo le detuvo con fuerza:

—¡De ningún modo! ¡La esfinge ha de ser un secreto para todos!

—¡Parece que lo dices en tono autoritario!

—¡Porque puedo decirlo! He dado mi palabra de honor de que ninguno averiguaréis nada, y la cumpliré, me cueste lo que me cueste,

—¡Pues yo te juro que lo sabré todo!

—¡Y yo te juro también que sabrán todos tus vergonzosas debilidades con las damas!

—¿Quién te dijo...?

—Granada misma; mejor dicho, la contrafigura de Granada, Pervinca, mi amante...

Abrumado por la noticia, Palisene suplicó, entristecido:

—¡Tú no dirás eso, amigo mío!... Fué lo que se dice una verdadera desgracia... ¡Me excité tanto!... Pero, dime, Máximo: ¿qué piensa Granada de mí?

—Piensa que eres un hombre admirable; pero excesivamente débil para las batallas de alcoba.

—Y ¿por eso no me llama?

—Justamente.

—Pero ¿qué quería ese demonio de mujer? Por lo visto, que la perforase de parte a parte...

—¡Ah!...

—¡Pues yo te juro que me las paga! ¡Esa ramera no se ríe de mí!...

—No olvides que los que se desternillarían riendo serían los "sutiles", si conociesen ce por be, como yo puedo contarla, tu escena con la desaforada esfinge.

—¡Eres implacable, Máximo!

—Y tú demasiado vehemente.

Tras un instante de embarazoso silencio:

—¡Ea! ¡Allá va esa mano, querido Palisene! Y a enmendar con una dama de empuje tu fracaso de la otra noche. Las mujeres no merecen que les dediquemos un instante de tristeza.

—Tienes razón...

FIN

Conserve cuidadosamente todos los volúmenes de esta colección y llegará a reunir una valiosa biblioteca

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL


·IN·VENERE·
SEMPER·DVLCIS
EST·DEMENTIA·
IOY
CORRI